

¡TENGO SED!

Hay sed de muchos tipos y muchos tipos de calmar la sed. Hay formas de calmar la sed que tienen el *efecto coca-cola*: sacian momentáneamente produciéndonos incluso un gran placer, pero poco después nos generan nuevamente una sed más intensa todavía. Hay otras que tienen más el *efecto agua*: aparentemente resultan insípidas y aunque nos pueden producir un placer más o menos moderado, sus efectos resultan más efectivos a largo plazo. También están las del *efecto cacahuete o "chips"*: una vez los pruebas, no puedes parar de comerlos: sed de cambiar de canal, de conectar el ordenador, de poseer comodidades o acumular dinero y bienes materiales, sed de escalar profesionalmente, de prestigio y reconocimiento, sed de poder y dominio sobre otros, sed de leer, de hacer carreras en moto, de ir al gimnasio, de jugar a la *play*, de mirar el móvil...

Hay otra sed, de hecho, **una sed universal**, honda y totalmente determinante de nuestra felicidad, que a menudo intentamos saciar con bebidas o alimentos equivocados, **la sed de amor**. Nadie puede vivir sin sentirse amado y amar. Es la sed de ternura, de escucha activa, de comprensión y misericordia, de bondad y justicia, de paz y serenidad, sed de sentido, sed de amor. Pero curiosamente, a menudo las energías y esfuerzos que invertimos para saciar la sed *efecto cacahuete* suelen ser inversamente proporcionales a las que dedicamos para saciar la sed de amor.

El encuentro de Jesucristo con la mujer samaritana -fundamental catequesis de la iglesia primitiva- **es paradigmático del encuentro que Jesucristo busca tener con cada ser humano**, un encuentro que restaure heridas, que reconstruya lo destruido, que regenere lo creado y dañado. **Jesús tiene sed**, sí, pero no del agua "*hache-dos-o*", elemento líquido, sino **sed de respuesta enamorada y entrega confiada, sed de amor por parte de un corazón humano**. La misma sed que tres años más tarde mostrará en la cruz. "*Tengo sed*", dirá, pero ahora ya sabemos qué es el Amor; y con su entrega va a darnos la capacidad de amar en la misma dimensión.

No podemos vivir sin el deseo de amor en plenitud, sin el deseo de Dios: "*Quien beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed*". **Jesús de Nazaret nos da el agua viva que sacia la sed de felicidad y de amor del hombre, la sed de infinito** que nada ni nadie puede alcanzar por sí mismo. Por eso se puede "*abandonar todo...*" y seguirlo como consagrado, como sacerdote. Oremos especialmente estos días, a escasos días de la Campaña del Seminario, por los sacerdotes y los seminaristas.

El tiempo de Cuaresma nos invita a revisar nuestra sed y la manera de saciarla. **Cristo te espera -a orillas de tu pozo- para calmar definitivamente tu sed**. Te invito a detenerte un poco, a hacer silencio en el ajetreo diario; quizás entonces puedas oír su llamada. Déjate encontrar por Él. ¿Dejaremos -como la samaritana- abandonado nuestro antiguo cántaro lleno de sed insaciable y nos abandonaremos a las manos de Aquél que nos sacia con el agua de la vida plena?

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas
y de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes